

OK

Lat. 1221 INFOBILA

MTN 6990

RAFAEL MONTEJANO Y AGUINAGA


# ELOGIO DEL BIBLIOTECARIO

BIBLIOTECA



CENTRO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIONES BIBLIOTECOLÓGICAS



... de la actividad de la vida intelectual, tal es la actividad que se desarrolla en la mente de muchos de los bibliotecarios. Nada más lejos de la realidad, sin embargo, que esta oficio deformar y caricaturizar.

El bibliotecario auténtico no es así. El bibliotecario auténtico es el hombre que mediante la mediación de una amplia cultura general y de una inteligente técnica moderna, abre las áreas rebosantes de la cultura pública y privada a todos los hombres, sin discriminación ni color alguno.

No puede ser un responsable al tiempo, producto casual de la generación espontánea. Es todo producto de una formación, un proceso de...

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

-1961-

U. A. de S. L. P.  
BIBLIOTECA

INFOBILA

No. Lat. 007224

No. Adq. \_\_\_\_\_

No. Sist. 6100

Tipo de Adq. Donación

Fecha 17. Octubre 2061

EX-LIBRIS



INFIBILA

*Alocución pronunciada por el Lic. Rafael Montejano y Aguiñaga, Presidente de la Asociación Mexicana de Bibliotecarios de Universidades e Instituciones de Enseñanza Superior, el 11 de mayo de 1960, en el Teatro de la República de Monterrey, N. L., al clausurarse la III Reunión Anual de la misma.*

Quienes nos hayan visto, hoy y los pasados días, paladeando la extremada hospitalidad de este Monterrey fabril y humanista y aquilatando su dinamismo y progreso, tal vez han pensado que de cuantos congresos ha habido aquí —y conste que los ha habido y habrá buenos—, el nuestro es el más insignificante: ¡de bibliotecarios!... Casi me ha parecido sentir en todo el cuerpo, tal como se siente el calor, una niebla de benévola compasión: ¡de bibliotecarios!... Y, quizá, lo único que les sorprendió fue la juventud de alguna guapa colega o la severa elegancia de algún otro.

¡Bibliotecarios!... Un dómine, tal vez como Maese Cabra, seco de carnes y de mollera, fosero de la cultura que fue, enjutado en la adusta adoración de los libros viejos, fosilizado en la árida disección de no sé que soterrada ciencia, gruñón como cancerbero, envuelto en anticuados y lustrosos trapos, acartonado y estéril como todo lo que se esconde a la luz y a la polifacética actividad de la vida diaria: tal es la caricatura que se delinea en la mente de muchos al oír hablar del bibliotecario. Nada más lejos de la realidad, sin embargo, que esta efigie deforme y caricaturesca.

El bibliotecario auténtico no es eso. El bibliotecario auténtico es el hombre que, mediante la asimilación de una amplia cultura general y de una inteligente técnica moderna, abre las arcas rebozantes de la cultura para repartirla a manos llenas entre todos, sin discriminación ni cobro alguno.

No puede ser un impreparado; ni, tampoco, producto casual de la generación espontánea. Es fruto maduro de una formación austera que lo ca-

pacita para percibir la más pequeña vibración de la cultura, captarla y ponerla al alcance de la comunidad a la cual sirve. No puede ser un impreparado. Al contrario. Como alerta vigía otea todos los horizontes por donde puede venir la solicitud de información, hunde su inteligencia hasta las más profundas raíces de la ciencia, abre sus brazos en toda su extensión para abarcar todas las inquietudes, todas las ansias de saber del pueblo, y sin perder de vista la palpitante actividad de la vida moderna, penetra en esa inconmensurable zona de la vida pretérita. Y todo para enseñar —porque esa es su misión— tanto al que no sabe como al que sabe.

El bibliotecario, así preparado, va al libro y vive con el libro. Mas no como el turista que penetra en un museo y se queda boquiabierto ante la rigidez de las obras antiguas o de las momias desecadas por la muerte. Va al libro, pero no se queda con el libro. Hurga en el alma del libro para darlo a conocer a otros y convertirlo en fuente viva, indeficiente y eterna del saber. Va al libro, aun a los libros viejos, a todos los libros, para fecundar con ellos el presente y alumbrar el porvenir. Va al libro, no para ahorrarlo en las mazmorras de las estanterías sino para ponerlo en libertad en las salas de lectura. Va al libro, en fin, para hacer de la biblioteca no cárcel, sino generosa ventanaja luminosamente abierta al presente y seguro camino real abierto al porvenir.

Así como no se puede concebir una cultura sin libro, así tampoco se puede concebir un libro sin bibliotecario y una ciudad sin biblioteca. Cicerón decía: "Si tuvieras una biblioteca con jardín, lo tienes todo". Para Sarmiento, un país sin libros es un país sin alma; y una vivienda sin libros, una casa sin luz, sin amor. El más grande y venerable de los libros, la Biblia, se llama simplemente así, Biblia, del griego biblos, libro. La más antigua de las instituciones actuales, la Iglesia Católica, desde tiempos inmemoriales confió su biblioteca oficial, la Vaticana, a uno de sus príncipes, a un cardenal. Es en un libro, la Biblia, donde está contenida toda la revelación pública de Dios.

Y es el libro el objeto de la misión del bibliotecario. Y es el libro el exponente más representativo de las ideas e ideales de un pueblo. Sólo los pueblos bárbaros y salvajes no han tenido libros. Decía D'Amicis: "Casa sin libros, es casa sin dignidad". Parodiándolo a él, podemos decir: Pueblo sin libros, es pueblo sin dignidad. Todos los pueblos cultos han tenido libros, ya de viva piedra, al modo arcaico, como los egipcios y los mayas, ya de materia vegetal, como los papiros o nuestros códices prehistóricos, ya de cera, como las tablillas romanas, ya de piel, papel u otros artificios, como en la era cristiana y actual. En la Edad Media, cuando eran pocos los que sabían leer, las catedrales se convirtieron en bibliotecas donde los analfabetas leían viendo las esculturas, pinturas, altos y bajos relieves, etc., tal como ahora los ciegos leen palpando el libro realzado; y para que no fueran menos que los códices miniados, hicieron de los vitrales ilustraciones a colores, madrugador anticipo de las modernas transparencias policromas.

Aquellos analfabetos medioevales corrieron mejor suerte que los analfabetos actuales, sacaron su inquietud de saber en la mística filigrana del gótico, mientras que éstos lo hacen en la grosera impresión del paquinismo.

Esos pueblos comprendieron perfectamente la afirmación de Thomas Bartholin en su obra "De libris legendis": "Sin libros, Dios está silencioso, la justicia dormida, las ciencias paradas, la filosofía coja, las letras mudas, y todas las cosas envueltas como en heladas tinieblas".

Nuestro Amado Nervo escribió:

*Libros que sóis un ala (amor la otra)  
de las dos que el anhelo necesita  
para llegar a la verdad sin mancha.  
Libros ¡ay! sin los cuales  
no podemos vivir...*

Y seis siglos antes, el bueno de Sem Tob cantó al libro así:

*Non se fallara en estoria  
tal joya sin averío  
nin mejor compañía  
que el libro...  
Cuanto más va tomando  
con el libro porfia,  
tanto irá ganando  
buen sabor toda vía.  
Por ende, tal amigo  
non hay como el libro:  
para los sabios digo,  
que con los torpes non libro.*

Según Jean Gallotti en *Arts et methieres graphiques*, la tierra tiene tres misericordias para el hombre: el perro, la pipa y el libro. El primero es un consuelo; la segunda es un prisma que colorea nuestras melancolías; y el libro, con sus pensamientos abiertos a nuestro meditar, nos absorbe y nos sirve para alejarnos de la realidad cotidiana. Esto es verdad, pero nada más en parte, porque si bien es cierto que el libro también puede servir de poltrona para descansar con él o de compañero en la vida, y por eso decía Montaigne: "es la mejor comunicación que yo he encontrado en este humano viaje, y compadezco extremadamente a los hombres de entendimiento que no lo echan de menos", el libro es ante todo un arma, una peligrosa espada de dos filos que no tiene acción indiferente: o es para bien o es para mal.

El libro, por lo mismo que es un pensamiento en acción, ejerce influencia fecunda para la sociedad, pues siembra en quien lo lee el valor de nobles sentimientos y sugerencias. Más daño hizo a Austria Silvio Pellico con su sereno libro "Le mie prigioni" que mil carbonarios con su agitación.

La pólvora, el vapor, la energía atómica abrieron nuevas rutas a la humanidad, pero mucho más las abrió la invención de la imprenta. Aquellas ejercen su presión sobre las fuerzas naturales; ésta sobre la inteligencia y los espíritus. Por eso es innegable lo que afirmó Ricarda Huch: "La imprenta alteró esencialmente el carácter de la vida de modo a la vez benéfico y funesto. Se interpuso entre hombre y hombre, favoreció el desarrollo del hombre científico moderno, convirtió al cantor y poeta en escritor, paralizó la fantasía y la tradición que, al crear la saga, la leyenda y el mito, lleva a eterna verdad hechos sin importancia. Fue un don de la juventud en el ocaso a la humanidad madura, unificador, conservador e ilustrador".

El libro es, pues, algo más que un cojín sobre el cual se puede soñar placenteramente; algo más que un adorno que alegra la estancia y la vida; algo más que un compañero fiel o un amigo que disipa la soledad. Es todo eso, cierto, pero es todavía más: es principio creador, maestro, fragua y, sobre todo, escuela de libertad.

El plomo transformó al mundo más que el oro, decía un aforismo de Lichtenberg, pero más aún el plomo de los impresores que el de los mosqueteros.

Por lo mismo que el libro retiene y refunde la cultura y la historia, es el mejor instrumento para la paz y la convivencia. Si la democracia presupone por esencia y definición una cultura popular, es obvio que este sistema político debe dirigirse en primer término a cultivar y fomentar los valores morales, es decir, a educar al pueblo, porque del pueblo salen sus hombres de gobierno; ahí precisamente el libro debe cumplir una misión civilizadora y ser al propio tiempo, el aliado inseparable del ciudadano. "Libro e moschetto, fascista perfetto", dijo una vez Mussolini. Y Balzac: "Tal vez mediante el libro logremos un dominio más prolongado y más seguro que con la espada".

De la grandeza del libro depende la grandeza del bibliotecario y la urgencia que de éste tiene la sociedad contemporánea. Si el libro es ya una necesidad ineludible ¿quién habrá de guiar al lector por esta "selva selvaggia e aspra e forte" de la inmensurable producción bibliográfica? Más aún, de acuerdo con el concepto moderno de biblioteca, amplio y generoso centro de documentación e información, y de las inquietudes irrefrenables propias del niño, del joven, del estudiante y del profesional por ampliar su cultura, completar sus conocimientos y penetrar más adentro en los fascinantes interiores de la investigación ¿quién habrá de señalar el camino, pero de una manera fácil, para no perder energías, segura, para no equivocarse, y efectiva, para lograr los fines?... ¡El bibliotecario!

En los países subdesarrollados cuando menos, el problema de los problemas radica en la falta de cultura: ignorancia, miseria, insalubridad, enfermedades endémicas, tiranías, en el fondo son problemas de cultura. Mientras no se resuelva éste, no se resolverán los otros.

Y cultura, en el sentido completo y moderno, no es ese montoncito de erudición, más o menos superficial, más o menos amplio, que puede adquirir un sujeto al cual, por lo mismo, llaman "culto"; cultura es el conjunto, diversísimo y complejo, de conocimientos que tiene un pueblo para solucionar sus problemas vitales. Claro que hay altas y bajas culturas, están, por ejemplo, la cultura grecolatina y la cultura chichimeca. La cultura no se aprende ni en el solo hogar ni en la sola escuela, más aún, ni en la sola universidad. En el hogar se aprenden los buenos modos, en la escuela la instrucción primaria y en la universidad la profesional. Pero esto no basta al hombre para completar sus conocimientos, es apenas la base para que luego él, por sí solo, complemente. El único lugar donde el hombre puede completar su cultura y aun adquirirla del todo, es en la Biblioteca, porque allí es el único lugar donde está concentrada la experiencia y el genio de todos los pueblos de todos los tiempos y de todos los lugares. Y el bibliotecario es el responsable de ese tesoro.

Responsable, dije, no guardián en el sentido carcelero, porque no está ante el libro como los policías que vigilan un banco; tampoco es frío y matemático administrador, porque no está ante los libros como el mayordomo de una fábrica.

Como un edificio es un conjunto de ladrillos, de cemento, de piedra, de hierro, pero no amontonados sino con cierto orden, así una biblioteca es un conjunto de libros, de revistas, de mapas, de fotografías y demás material bibliográfico, pero no acumulados sino distribuidos con cierta técnica.

Empalmar un ladrillo a otro, tiene su gracia; darle cohesión y consistencia a un muro para formar una casa, es un serio problema. No cualquiera hace esto. El médico, con todos sus conocimientos universitarios, su amplia experiencia, su trato de gentes y su destreza en el manejo de los intestinos del hombre, es un perfecto inepto para levantar, no digo un muro, sino para batir la mezcla.

De igual manera, comprar un libro, recibirlo en la biblioteca, registrarlo, encuadernarlo, clasificarlo, catalogarlo y ponerlo en las manos del lector, tiene su gracia. Es una gracia tal que no cualquiera lo hace. Quien no sepa idiomas, quien no tenga una amplia cultura general, quien no esté al tanto de la producción bibliográfica mundial, quien ignore los progresos de las artes y de las ciencias y de la política, quien no conozca de historia, de religión, de literatura, de filosofía, etc., quien no sepa de biblioteconomía, de clasificación, de catalogación, de servicio de consulta, no lo hace, no lo podrá hacer nunca. Más todavía, quien, además de todos los anteriores conocimientos científicos y técnicos, no tenga ciertas virtudes humanas: paciencia, constancia, curiosidad, diligencia, caridad, discreción, limpieza, etc., tampoco lo hace.

Entre libro y libro, ya clasificados y acomodados, entre el lector y el libro, ya puesto éste en circulación, entre el lector y el catálogo, hay algo, no físico, hay algo imponderable, hay algo imperceptible al ojo del hombre

común, que supone años y años de estudio y de experiencia, que supone muchos gastos, que supone muchas horas de abnegación y de constancia.

¡Qué sabe el lector de la complicada trama moral y técnica de una biblioteca!... ¡Qué sabe del trabajo arduo, laborioso, lento, callado de ese hombre que es el bibliotecario!...

Cuanto el hombre concibe y produce sólo alcanza los planos de la eternidad cuando lo pone a salvo el bibliotecario. Nada conoceríamos de los grandes genios del pasado, de sus creaciones, de sus ideas, de su experiencia, nada sabríamos de la humanidad, si el bibliotecario, con cariñoso y abnegado afán, no hubiese puesto a salvo esas obras y difundido esos conocimientos. Lo que sabemos de Alejandro Magno, de Cicerón, de Tolomeo, de todos los que fueron, lo sabemos por los libros y por la biblioteca que conservó esos libros y por los bibliotecaris que difundieron esos libros. Por los bibliotecarios, que han hecho, que hacen, que hacemos de la Biblioteca anchurosa ventana luminosamente abierta al presente y seguro camino real abierto al porvenir.

EX-LIBRIS



BIBLIOTECA